

MODULO II

1. LA NUEVA CULTURAL VOCACIONAL

A partir de la iluminación, de la realidad anteriormente planteada, y reconociendo las exigencias y desafíos que surgen en los distintos ambientes, encontramos en la propuesta de la “nueva cultura vocacional” un camino de discernimiento, proyección y ejecución de todo lo que involucra la tarea permanente de la Pastoral Vocacional en nuestro país.

Nos adentramos así, al primer componente de la “nueva cultura vocacional”, como lo es **la mentalidad**, que junto con la sensibilidad y la pedagogía nos ayudarán a hacer este recorrido, proponiendo una ruta progresiva y articulada que favorezca ampliamente la comprensión, profundización y apropiación de dicha posibilidad, aproximándonos a los distintos elementos que se han de tener en cuenta en este empeño conjunto.

Iniciamos acercándonos al concepto propio de cultura, y los componentes que le son propios:

“Hoy en día, América Latina es tierra de grandes esperanzas y promesas para la Iglesia, una tierra donde –con respecto a las Iglesias de antigua cristiandad del viejo continente- la Iglesia es joven y dinámica, donde la fe está todavía viva y fresca y donde aún los jóvenes responden con generosidad a la llamada

vocacional...” (Cf. Teología de las Vocaciones).

Lo anterior supone un signo esperanzador que da sentido a la labor evangelizadora que se realiza en esta realidad concreta.

En este sentido el reto de este tiempo consiste en promover una cultura de la vida entendida como vocación; es decir, como llamada personal a vivir una misión en comunidad que da sentido a la existencia.

En síntesis, es aquello a lo que en el último tiempo se le ha denominado la cultura vocacional. Para comprender el significado de la cultura vocacional se debe abordar el concepto de cultura en general, para definir después el significado de cultura de la vocación y de las vocaciones, según el autor Amadeo Cencini (Cf. *Teología de las Vocaciones*).

El término **cultura** en sentido amplio refiere al modo y estilo de vida de una comunidad específica, y deriva de una manera de interpretar dicha vitalidad y las diversas experiencias que la dinamizan. Nosotros creamos cultura y la interpretamos, nos nutrimos de ella y nos encargamos de transmitirla (convirtiéndola en tradición). Cultura ya no solo es el hecho genérico cognitivo, ni simplemente un interés o una competencia, sino que significa al mismo tiempo conocimiento, interés privado y, sobre todo, implicación

personal e interpersonal para construir algo en lo que se cree y de lo cual todos están convencidos y que se convierte en un patrimonio común.

Para la comprensión y la construcción de una cultura, es necesario abordar los siguientes componentes:

Mentalidad: Está formada por un conjunto teórico de datos y nociones que ilustran el sentido y el valor objetivo de aquello de lo que se pretende construir cultura y se crean convicciones intelectuales sobre el mismo tema en quienes se adhieren a ella.

Sensibilidad: Consiste en el paso del conocimiento teórico a la experiencia práctica e individualizadora. En este sentido la cultura crea una sensibilidad correspondiente en el individuo. Como tradición que es no se limita a un dato que se transmite y se copia, sino que se convierte en algo que es necesario motivar continuamente, y que adquiere valor y enriquece gracias a la creatividad de los individuos.

Pedagogía (estilo de vida): La mentalidad y la sensibilidad se traducen en gestos consecuentes y en vivencias. En este sentido cultura significa praxis o forma de vida habitual. Para mantener viva una tradición que ya no es sólo dato teórico o vaga recomendación del comportamiento débilmente motivada (“siempre se ha hecho así”), sino que es atención a un valor que se encarna cada vez más en gestos que lo

expresan con claridad y recorridos de probada eficacia.

Contenidos (cultura en sí como...)	Tipo de acercamiento	En el nivel del grupo	En el nivel del individuo
Conjunto de verdades convincentes objetivamente	Intelectual - cognitivo	Tradición que hay que transmitir	Mentalidad
Conjunto de verdades convincentes objetivamente y subjetivamente	Experiencial - global	Tradición que hay que volver a motivar	Sensibilidad
Conjunto de verdades convincentes objetivamente, subjetivamente y traducibles en métodos (itinerarios) y formas de vida (opciones)	Existencial- metodológico	Tradición que hay que renovar	Praxis – forma de vida

Así los planteamientos, vemos como en el II Congreso Continental Latinoamericano de Vocaciones se define la Cultura Vocacional en los siguientes términos:

“La cultura de las vocaciones es un eje fundamental de la pastoral vocacional, pues la determina no solo desde el punto de vista cristiano sino también desde el antropológico. De hecho, la cultura vocacional, que no es un producto terminado sino un proceso continuo de creación y socialización, es el modo de vida de una comunidad que deriva de su modo de interpretar la vida y las experiencias vitales y que involucra a sus miembros, de manera personal e interpersonal, en algo que se cree, de lo que todos están convencidos, que genera opciones y compromisos y, así, se convierte en patrimonio común”. (Cf. CELAM. Documento Conclusivo del II Congreso Latinoamericano de Vocaciones). La cultura vocacional remite a la comunidad a una revisión constante de su misión y a dar una interpretación actualizada de su sentido de ser. Los itinerarios de Cultura Vocacional buscan “ayudar a las personas (...) a no convertirse en hombres y mujeres “para sí mismos y los suyos”, sino “para los demás” especialmente para los pobres y excluidos”.

Se considera de nuevo esos tres elementos constitutivos del concepto de cultura para “llenarlos” de sentido o de contenido (o de cultura) vocacional. Para orientar la escucha y comprensión se anticipa una correspondencia iluminadora y eficaz: a **la mentalidad vocacional** le corresponde *la teología vocacional*; a **la sensibilidad vocacional** le corresponde *la espiritualidad vocacional* y a **la praxis vocacional** le corresponde *la pedagogía (o pastoral) vocacional*.

La primera de ellas es la **teología vocacional** (mentalidad), que consiste en un conjunto de principios que dan sentido a la realización de la persona humana en relación con Dios y es la forma de vida que adquieren los miembros

de la comunidad y lo que le da conciencia de colectividad, de identidad compartida. A medida que estas ideas se convierten en convicciones el proceso lleva a la **espiritualidad vocacional** (sensibilidad), asumida como el conjunto de motivaciones que dan significado e impulso a la realización de la persona humana en relación con Dios, con los hermanos y con la creación; es el paso de la teología a la experiencia personal, individualizadora, al ejercicio de apropiación que de ella hace cada creyente. Para que estas convicciones se vuelvan opciones y desencadenen compromisos es necesaria la **pedagogía vocacional** (praxis, estilo de vida), entendida como el proceso educativo de la coherencia que permite que la teología y la sensibilidad se traduzcan en gestos consecuentes de la vida diaria. El fomento de la cultura vocacional así entendida lleva a que en la Iglesia cada uno sea responsable de la vocación de los demás y no se preocupe solo por su propia vocación como si esta fuera su propiedad exclusiva, en función de su autorrealización.

TEOLOGÍA VOCACIONAL

Situada en el horizonte de la cultura vocacional, la teología vocacional nos introduce en el misterio del Dios Amor que revela, comunica y transmite esa identidad en el don del llamamiento como invitación a vivir esa misma identidad. En otras palabras, Dios llama porque ama, llama amando y, llamando, ama.

Aquí remitimos la mirada a la primera verdad kerigmática propuesta por el Papa Francisco en la Exhortación Apostólica *Christus Vivit* (112-117):

“Ante todo quiero decirle a cada uno la primera verdad: “Dios te ama”. Si ya lo escuchaste no importa, te lo quiero recordar: Dios te ama. Nunca lo dudes, más allá de lo que te suceda en la vida. En

cualquier circunstancia, eres infinitamente amado (...) Lo que puedo decirte con seguridad es que puedes arrojarte seguro en los brazos de tu Padre divino, de ese Dios que te dio la vida y que te la da a cada momento. Él te sostendrá con firmeza, y al mismo tiempo sentirás que Él respeta hasta el fondo tu libertad.

En su Palabra encontramos muchas expresiones de su amor. Es como si Él hubiera buscado distintas maneras de manifestarlo para ver si con alguna de esas palabras podía llegar a tu corazón. Por ejemplo, a veces se presenta como esos padres afectuosos que juegan con sus niños: «Con cuerdas humanas los atraía, con lazos de amor, y era para ellos como los que alzan a un niño contra su mejilla» (Os 11,4).

A veces se presenta cargado del amor de esas madres que quieren sinceramente a sus hijos, con un amor entrañable que es incapaz de olvidar o de abandonar: «¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho, sin enternecerse con el hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvidara, yo no te olvidaré» (Is 49,15).

Hasta se muestra como un enamorado que llega a tatuarse a la persona amada en la palma de su mano para poder tener su rostro siempre cerca: «Míralo, te llevo tatuado en la palma de mis manos» (Is 49,16).

Otras veces destaca la fuerza y la firmeza de su amor, que no se deja vencer: «Los montes se correrán y las colinas se moverán, pero mi amor no se apartará de tu lado, mi alianza de paz no vacilará» (Is 54,10).

O nos dice que hemos sido esperados desde siempre, porque no aparecimos en este mundo por casualidad. Desde antes que existiéramos éramos un proyecto de su amor: «Yo te amé con un amor eterno; por eso he guardado fidelidad para ti» (Jr 31,3).

O nos hace notar que Él sabe ver nuestra belleza, esa que nadie más puede reconocer: «Eres precioso a mis ojos, eres estimado y yo te amo» (Is 43,4).

O nos lleva a descubrir que su amor no es triste, sino pura alegría que se renueva cuando nos dejamos amar por Él: «Tu Dios está en medio de ti, un poderoso salvador. Él grita de alegría por ti, te renueva con su amor, y baila por ti con gritos de júbilo» (So 3,17).

En consecuencia, la vocación es revelación del amor de Dios, de donde se deduce que no hay vocación sin Dios y sin amor y que solo a partir de ese Dios que ama y llama se puede dar lo que solo Él da: el amor. La vocación es, pues, una invitación a expresar el Ser de Dios en su Hacer salvífico, entendido como proyecto del Dios Padre, dirigido al ser humano que Él mismo salva en su Hijo, para que por obra del Espíritu Santo sea partícipe y corresponsable de la aventura del amor, salvando a los hermanos.

El Dios revelado en las Sagradas Escrituras es el que “eternamente llama”. Creemos en un Dios que llama en un movimiento inherente a su identidad de Dios Amor, manifestada en el Verbo y su accionar. La vocación es entonces una manifestación de la identidad divina, una teofanía, y una invitación a vivirla en Jesucristo; una revelación de Dios que ha de ser respetada, valorada y acogida, a través de una palabra teológica que proviene de Él, como llamamiento, y de una palabra antropológica que depende del hombre, como respuesta. Es el diálogo entre las libertades del Creador y la creatura.

La teología vocacional es trinitaria en el sentido de que el Padre llama a la realización de un proyecto humano e histórico sobre la triple relación de los orígenes (creación): teologal, fraterna y apostólica; el Hijo convoca a un discipulado misionero que convierte el seguimiento en anuncio de su misterio redentor; el Espíritu Santo capacita para amar como Dios ama.

A partir de allí la polaridad creación–redención se integra como binomio insustituible e inseparable del misterio de la vocación, por lo que la persona llamada está invitada a realizar no solo el proyecto de los orígenes del propio ser, sino también el plan de la salvación, de la que es responsable a través de su disponibilidad. Dios llama a todos, por medio de una vocación al mismo tiempo visible y misteriosa; nuestra tarea es leer con respeto el sentido del Misterio que se hace visible cuando nos llama.

La más sublime expresión de la teología es la vocación, porque personaliza el proyecto salvífico de Dios en una entrega a la salvación de los demás y no solo la propia, dando la vida para ganarla; y la más sublime expresión de la vocación es amar hasta el martirio, experiencia “redentora” y “misionera” de identificación con el Maestro.

CRISTOLOGÍA VOCACIONAL

La cristología de la Palabra, que se fundamenta en el hecho de que “en distintas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros padres por los profetas; y ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo” (Cf. Hb 1, 1-2), lleva implícita la cristología vocacional que se expresa en los relatos de vocación de los Evangelios: “Jesús le dijo, ‘sígueme’” (Cf. Mateo 9, 9); “les dirigió su palabra, llamó a sus discípulos y eligió doce de entre ellos para que estuvieran con Él” (Cf. Marcos 3,13); “convocándolos... los envió a proclamar el Reino de Dios”. (Cf. Lucas 9,1-2) El Rostro de la Palabra, Jesús de Nazaret, es al mismo tiempo la Voz que llama y que el discípulo escucha y anuncia, y la Persona que convoca, a quien el discípulo encuentra y comparte con sus hermanos y con el mundo. Por eso, “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello,

una orientación decisiva”. De ahí que conocer a Jesús es el mejor regalo que puede recibir cualquier persona; haberlo encontrado nosotros es lo mejor que nos ha podido ocurrir en la vida, y darlo a conocer con nuestra palabra y obras es nuestro gozo”. (Cf. Documento de Aparecida. Capítulo 1, 29) Sólo alguien enamorado de Cristo puede transformar su entorno vital.

Esta experiencia de vocación-misión de Cristo y en Cristo tiene que ver con el hecho de que la comunicación que Dios hace de sí mismo implica siempre la relación entre el Hijo y el Espíritu Santo, a quienes Ireneo de Lyon llama precisamente “las dos manos del Padre”.

Creemos, pues, en un único Dios, que, no obstante, es al mismo tiempo Padre, Hijo y Espíritu; es decir, comunidad, familia. De ahí que la vocación sea un misterio trinitario y, desde allí, un hecho eclesial: Dios Padre nos llama a ser personas y a darle sentido a la vida; Dios Hijo nos convoca a ser sus discípulos y sus misioneros; Dios Espíritu Santo nos confía una misión concreta, siempre de servicio, en la Iglesia.

Se trata de un único llamado que, desde su raíz trinitaria, posee tres dimensiones: la humana o antropológica, la cristiana o bautismal y la específica o eclesial; y se puede realizar como respuesta en tres estados de vida: laical, consagrado y ministerio ordenado. Diversidad con un único punto de partida, el bautismo; y una doble meta, la comunión y la santidad.

La vocación en relación con la persona de Cristo es también respuesta a una experiencia de encuentro salvífico y redentor, por eso cabe anotar aquí la referencia a la segunda verdad kerigmática, planteada por el Papa Francisco en *Christus Vivit* en los numerales 118 – 123:

“Cristo, por amor, se entregó hasta el final para salvarte. Sus brazos abiertos en la Cruz

son el signo más precioso de un amigo capaz de llegar hasta el extremo: «Él, que amó a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin» (Jn 13,1).

San Pablo decía que él vivía confiado en ese amor que lo entregó todo: «Vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Ga 2,20).

Nosotros «somos salvados por Jesús, porque nos ama y no puede con su genio. Podemos hacerle las mil y una, pero nos ama, y nos salva. Porque sólo lo que se ama puede ser salvado. Solamente lo que se abraza puede ser transformado. El amor del Señor es más grande que todas nuestras contradicciones, que todas nuestras fragilidades y que todas nuestras pequeñeces. Pero es precisamente a través de nuestras contradicciones, fragilidades y pequeñeces como Él quiere escribir esta historia de amor. Abrazó al hijo pródigo, abrazó a Pedro después de las negaciones y nos abraza siempre, siempre, siempre después de nuestras caídas ayudándonos a levantarnos y ponernos de pie. Porque la verdadera caída –atención a esto– la verdadera caída, la que es capaz de arruinar la vida es la de permanecer en el piso y no dejarse ayudar»

Su perdón y su salvación no son algo que hemos comprado, o que tengamos que adquirir con nuestras obras o con nuestros esfuerzos. Él nos perdona y nos libera gratis. Su entrega en la Cruz es algo tan grande que nosotros no podemos ni debemos pagarlo, sólo tenemos que recibirlo con inmensa gratitud y con la alegría de ser tan amados antes de que pudiéramos imaginarlo: «Él nos amó primero» (1 Jn 4,19).

Jóvenes amados por el Señor, ¡cuánto valen ustedes si han sido redimidos por la sangre preciosa de Cristo! Jóvenes queridos, ustedes «¡no tienen precio! ¡No son piezas de subasta! Por favor, no se dejen comprar, no se dejen seducir, no se dejen esclavizar por las colonizaciones ideológicas que nos meten ideas en la cabeza y al final nos

volvemos esclavos, dependientes, fracasados en la vida. Ustedes no tienen precio: deben repetirlo siempre: no estoy en una subasta, no tengo precio. ¡Soy libre, soy libre! Enamórense de esta libertad, que es la que ofrece Jesús».

Mira los brazos abiertos de Cristo crucificado, déjate salvar una y otra vez. Y cuando te acerques a confesar tus pecados, cree firmemente en su misericordia que te libera de la culpa. Contempla su sangre derramada con tanto cariño y déjate purificar por ella. Así podrás renacer, una y otra vez.

PNEUMATOLOGÍA VOCACIONAL

El testimonio que nos da la Sagrada Escritura sobre la acción del Espíritu Santo, va desde las primeras líneas del Génesis hasta los últimos renglones del Apocalipsis, y ellos nos dan cuenta de cómo su actuar es imprescindible en la dialéctica entre llamada y respuesta.

Algunos autores espirituales lo han denominado como el escultor de la santidad, y podríamos decir que lo es también de la vocación, pues esta se convierte en el fin último de toda llamada.

El Espíritu es el garante de los dones y carismas que el creyente va descubriendo, asumiendo y desarrollando en medio de la comunidad, como capacidades concretas para abrirse a la experiencia del Dios que amándolo lo desafía a amar y servir, a través de una misión específica.

Reconocemos entonces como el Espíritu Santo se convierte en el protagonista excepcional de toda experiencia vocacional, toda vez que dispone las facultades humanas frente al misterio del Padre que ama, y el Hijo que llama, siendo este último fiel testigo de la conciencia e identidad que se afirma en Él, durante la experiencia del desierto (Lc 4, 1-

13) junto con el dinamismo e ímpetu que recae a partir de su unción, como punto de partida para iniciar su ministerio en su regreso a Galilea (Lc 4, 14-19).

Para afianzar lo anteriormente planteado, proponemos la cuarta verdad consignada en *Christus Vivit* 130 – 133, en relación con la tercera persona de la Trinidad y su acción en el dinamismo específico que acontece entre la llamada y la respuesta:

Donde están el Padre y Jesucristo, también está el Espíritu Santo. Es Él quien está detrás, es Él quien prepara y abre los corazones para que reciban ese anuncio, es Él quien mantiene viva esa experiencia de salvación, es Él quien te ayudará a crecer en esa alegría si lo dejas actuar. El Espíritu Santo llena el corazón de Cristo resucitado y desde allí se derrama en tu vida como un manantial. Y cuando lo recibes, el Espíritu Santo te hace entrar cada vez más en el corazón de Cristo para que te llenes siempre más de su amor, de su luz y de su fuerza. Invoca cada día al Espíritu Santo, para que renueve constantemente en ti la experiencia del gran anuncio. ¿Por qué no? No te pierdes nada y Él puede cambiar tu vida, puede iluminarla y darle un rumbo mejor. No te mutila, no te quita nada, sino que te ayuda a encontrar lo que necesitas de la mejor manera. ¿Necesitas amor? No lo encontrarás en el desenfreno, usando a los demás, poseyendo a otros o dominándolos. Lo hallarás de una manera que verdaderamente te hará feliz. ¿Buscas intensidad? No la vivirás acumulando objetos, gastando dinero, corriendo desesperado detrás de cosas de este mundo. Llegará de una forma mucho más bella y satisfactoria si te dejas impulsar por el Espíritu Santo. ¿Buscas pasión? Como dice ese bello poema: ¡Enamórate! (o déjate enamorar), porque «nada puede importar más que encontrar a Dios. Es decir, enamorarse de

Él de una manera definitiva y absoluta. Aquello de lo que te enamoras atrapa tu imaginación, y acaba por ir dejando su huella en todo. Será lo que decida qué es lo que te saca de la cama en la mañana, qué haces con tus atardeceres, en qué empleas tus fines de semana, lo que lees, lo que conoces, lo que rompe tu corazón y lo que te sobrecoge de alegría y gratitud. ¡Enamórate! ¡Permanece en el amor! Todo será de otra manera». [70] Este amor a Dios que toma con pasión toda la vida es posible gracias al Espíritu Santo, porque «el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rm 5,5).

Él es el manantial de la mejor juventud. Porque el que confía en el Señor «es como un árbol plantado al borde de las aguas, que echa sus raíces en la corriente. No temerá cuando llegue el calor y su follaje estará frondoso» (Jr 17,8). Mientras «los jóvenes se cansan y se fatigan» (Is 40,30), a los que esperan confiados en el Señor «Él les renovará las fuerzas, subirán con alas de águila, correrán sin fatigarse y andarán sin cansarse» (Is 40,31).

ECCLESIOLOGÍA VOCACIONAL

El Logos que se hizo carne “vino a su casa y puso su morada entre nosotros”. (Cf. Juan 1, 14) Cercano a Dios, porque “la Palabra era Dios” (Cf. Juan 1, 1), se acercó a nosotros en la Iglesia, la comunidad de los hermanos que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen.

Al ser la Iglesia la Casa de la Palabra se convierte en la casa de la vocación, y de ahí en la comunidad de los llamados. Aún más, la Iglesia, en lo más íntimo de su ser, tiene una dimensión vocacional implícita ya en su significado etimológico: ‘asamblea convocada’, por Dios. La vida cristiana participa también de esta misma dimensión vocacional que caracteriza a la Iglesia. En el alma de cada cristiano resuena siempre de

nuevo aquel ‘sígueme’ de Jesús a los apóstoles, que cambió para siempre sus vidas.

Somos Iglesia, y en ella como misterio de comunión se ubica el misterio vocacional. El llamado del Maestro a ser sus discípulos misioneros nos hace al mismo tiempo discípulos misioneros de una Iglesia kerygmática y carismática, capaz de anunciar el kerygma, en especial a los bautizados que no participan, y de reconocer que el Espíritu suscita ministerios para el bien de su pueblo. Esta esencia pneumatológica de la vocacionalidad eclesial se expresa en los dones, carismas, ministerios y órdenes con que el mismo Espíritu Santo enriquece y diversifica a la comunidad de los bautizados. Por eso, la meta de la animación vocacional es una Iglesia plenamente consciente de ser una asamblea de personas convocadas y reunidas por el infinito amor de la Trinidad, en la riqueza de la diversidad y complementariedad de las vocaciones y ministerios.

La Palabra de Dios consignada en la Sagrada Escritura es toda una biblioteca vocacional cuyos libros y páginas nos recuerdan que la Palabra llama a cada uno personalmente, manifestando que la vida misma es vocación en relación con Dios y que debemos profundizar nuestra relación con la Palabra de Dios en cuanto bautizados, pero también en cuanto llamados a vivir según los diversos estados de vida.

Una vez, nos hemos acercado a la comunidad cristiana como lugar privilegiado donde se desarrolla y se evidencia la vida de Cristo, afianzamos esta reflexión con la tercera verdad del Documento *Christus Vivit* 124 – 129, que ha venido inspirando cada uno de los énfasis de la teología vocacional:

¡Él vive! Hay que volver a recordarlo con frecuencia, porque corremos el riesgo de tomar a Jesucristo sólo como un buen

ejemplo del pasado, como un recuerdo, como alguien que nos salvó hace dos mil años. Eso no nos serviría de nada, nos dejaría iguales, eso no nos liberaría. El que nos llena con su gracia, el que nos libera, el que nos transforma, el que nos sana y nos consuela es alguien que vive. Es Cristo resucitado, lleno de vitalidad sobrenatural, vestido de infinita luz. Por eso decía san Pablo: «Si Cristo no resucitó vana es la fe de ustedes» (1 Co 15,17).

Si Él vive, entonces sí podrá estar presente en tu vida, en cada momento, para llenarlo de luz. Así no habrá nunca más soledad ni abandono. Aunque todos se vayan Él estará, tal como lo prometió: «Yo estoy con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo» (Mt 28,20). Él lo llena todo con su presencia invisible, y donde vayas te estará esperando. Porque Él no sólo vino, sino que viene y seguirá viniendo cada día para invitarte a caminar hacia un horizonte siempre nuevo.

Contempla a Jesús feliz, desbordante de gozo. Alégrate con tu Amigo que triunfó. Mataron al santo, al justo, al inocente, pero Él venció. El mal no tiene la última palabra. En tu vida el mal tampoco tendrá la última palabra, porque tu Amigo que te ama quiere triunfar en ti. Tu salvador vive.

Si Él vive eso es una garantía de que el bien puede hacerse camino en nuestra vida, y de que nuestros cansancios servirán para algo. Entonces podemos abandonar los lamentos y mirar para adelante, porque con Él siempre se puede. Esa es la seguridad que tenemos. Jesús es el eterno viviente. Aferrados a Él viviremos y atravesaremos todas las formas de muerte y de violencia que acechan en el camino.

Cualquier otra solución será débil y pasajera. Quizás servirá para algo durante un tiempo, y de nuevo nos encontraremos desprotegidos, abandonados, a la intemperie. Con Él, en cambio, el corazón está arraigado en una seguridad básica, que permanece más allá de todo. San Pablo dice

que él quiere estar unido a Cristo para «conocer el poder de su resurrección» (Flp 3,10). Es el poder que se manifestará una y otra vez también en tu existencia, porque Él vino para darte vida, «y vida en abundancia» (Jn 10,10).

Si alcanzas a valorar con el corazón la belleza de este anuncio y te dejas encontrar por el Señor; si te dejas amar y salvar por Él; si entras en amistad con Él y empiezas a conversar con Cristo vivo sobre las cosas concretas de tu vida, esa será la gran experiencia, esa será la experiencia fundamental que sostendrá tu vida cristiana. Esa es también la experiencia que podrás comunicar a otros jóvenes. Porque «no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva».

MARIOLOGÍA VOCACIONAL

Cristo es el corazón y el parámetro de la vocación cristiana y de todos los estados de vida en los que esta se manifiesta. Pero el sí ejemplar de Cristo se entrelaza indisolublemente con el sí de María: el «aquí estoy» del Verbo eterno a la voluntad del Padre en el amor que los hace uno (cf. Heb 10, 5-9) no se hubiera realizado históricamente sin el «he aquí» de la sierva del Señor (cf. Lc 1,38). Así como la presencia de María no es accidental en el misterio de Cristo, tampoco lo es en el misterio de la respuesta de los creyentes a él. La Biblia nos dice que María está indisolublemente presente al principio de la vocación de Cristo en la encarnación, en su consumación en el Calvario y en la madurez de sus frutos en la Iglesia en Pentecostés. Si María es, por un lado, ícono evangélico de adhesión a la

llamada divina, por otro su presencia es eficaz en el nacimiento y desarrollo de la respuesta de cada uno de los discípulos de Jesús.

Al presentar modelos de una vida evangélicamente plena que sean testigos creíbles de por qué y cómo «gastar» la propia vida, la pastoral vocacional tiene en María una luz plenamente orientadora. Su experiencia no sólo refleja el encuentro con Dios, sino también la apertura al prójimo y la profundidad del yo interior (cf. *Maggioni*, 1999). En la propuesta vocacional la referencia mariana no es un tema más, sino un paradigma que se impone por sí mismo. Es decir, María es una llamada viva a reaccionar ante la llamada divina y un estímulo para la pastoral de las vocaciones tanto a nivel de contenido como de praxis.

Por consiguiente, la pastoral vocacional debe tener en cuenta un doble aspecto mariano: a) ayudar a fijar la mirada en María para conocer la dinámica vocacional ejemplar que caracterizó su existencia; y b) ayudar a tomar consigo a María, como el discípulo amado (cf. Jn 19, 27), para sentir su influjo benéfico en el itinerario de la escucha, discernimiento, respuesta y perseverancia vocacional.¹

¹ Diccionario de Pastoral Vocacional - *Baggioni*, C., *María* (pág. 669) Ediciones Sígueme, Salamanca 2005.